

BIBLIOTECA NACIONAL



0489454

Sección Chilena

Ubicación 10/1206-191

Año Ed. Copia 1

Registro Seaco 048858

Registro Notis BBB 1054

10(1206-19)

BBB1055

ENTRE GALLOS Y MEDIANOCHE

SAINETE CRIOLLO VAUDEVILLESICO EN 3 ACTOS

DE CARLOS CARIOLA

Carlos Cariola destacó como una de las figuras más importantes del movimiento renovador del teatro chileno entre los años 1920 y 1930. Estrena "Hermanitos", "Ay, qué vergüenza para la familia", "Estos muchachos de cincuenta años", "Entre gallos y medianoche", que es un modelo de lo que el autor bautizó sainete criollista. Hace algunos años se premió su labor en pro del teatro chileno, confiriéndole el Premio Nacional de Teatro.

Esta obra fué entrenada por la Compañía Mario Padín en el Teatro la Comedia de Santiago, el 29 de Mayo de 1919.

ACTO PRIMERO

Son las 10 de la mañana. Hall de una casa modesta. Al levantarse el telón se oye el característico silbido de los lecheros. Luego Cata con un jarro. Desaparece y vuelve en seguida con el Lechero, quien trae un tarro de 1 litro y un tarro grande.

ESCENA 1

Lechero y Cata

LECHERO.—(Silbido) ¡La leche! (Pausa corta) ¡La leche pué!

CATA.—(De 2. izda., sale a la puerta de calle y a poco vuelve con el lechero).

LECHERO.—Taba durmiendo, misía Cata?

CATA.—Y a vos qué te importa, intruso!

LECHERO.—Como son las diez. Si siquiera lo hicieran esperar en el salón a uno. Contimás que tengo tantas caserías que no estoy pa esperar que se desperece su mercé.

CATA.—Y cuando vos te atrasái y nos hacís tomar el desayuno puro, quen te ice ná?

LECHERO.—Pa dos litros que le ejan a uno va a madrugar.

CATA.—Si te parece mal pa qué volví pus.

LECHERO.—Es que los litros son pocos pero vos valís por un decálitro. Estáis como se píe on Juan Luis.

CATA.—Vai a empezar ya, hostigoso.

LECHERO.—¡Ay! (Suspirando).

CATA.—Tai enfermo?

LECHERO.—Es mal que me ha dao al pecho. Desde que le dejo la leche a usté pu Catita, me se lleva parando el corazón.

CATA.—Lástima que estís tan mal correspondio.

LECHERO.—Así es no más. Tengo muy mala leche.

CATA.—Pa qué le echai tanta agua, pu.

LECHERO.—Pa que no se curen pu. Oiga preciosidá... Pa cuándo me va a querer un poquito siquiera?

CATA.—Ya se cargó al freno. Ya sabe que no me gusta paladiar de estas cosas a mí. No ve que se enoja la patrona.

LECHERO.—Hei tá. Entonces los proletariaos no tenemos derecho pa amarnos tamién? Ves qué patrona. De pura pica me tenis que dar un beso.

CATA.—Capaz que oiga oh! no sabís lo sería quéis la patrona.

LECHERO.—Peor pa ella pú. Tal vez porque somos proletarios somos de lata. Mañana mesmo llevo este plobrema a la federación de lecheros de leche. Dame un beso pu.

CATA.—No... vos soy tan poco formal... Y espues me dejai plantá.

LECHERO.—Renunca por la maire. Si querís los casamos.

CATA.—Si juera así.

LECHERO.—Clarito pu... pero me dai adelantao pa muestra (*la abraza*).

CATA.—Deverita que te casái?

LECHERO.—Por la cevil y por la iglesia. Y dos veces por cada una si querís...

CATA.—Entonces atrácale no más...

LECHERO.—¡Ah! me dijiste ñata? (*se abrazan*).

ESCENA I I

Dichos y Josefa

JOSEFA.—¡Cata! Pero qué sinvengüenza; insolente! Váyase inmediatamente atrevido! Y tú ándate para dentro, cochina.

LECHERO.—Cochina?... Harto limpiecita que tengo la boca le iré, y si quere aprobar...

JOSEFA.—Cochino, atrevido... Besándose y en mitad del patio.

LECHERO.—Si le parece mal, nos vamos a besar adentro e la pieza.

JOSEFA.—Fuera de aquí! Y desde hoy no venga más a dejar la leche.

LECHERO.—Tá bien pús; ahora mismo le traigo la cuenta. Déjame no más que hable en la federación.

JOSEFA.—Y tú, hoy mismo buscas donde irte, escandalosa.

CATA.—(*Llorando*). Perdóneme misía Josefa, yo no quería pero José me dijo que él se casaba conmigo y que le adelantara algo.

JOSEFA.—Y le crees tonta, cuando a todas le dice lo mismo? A ver, serías capaz de casarte?

LECHERO.—Bueno... mañana le traigo la cuenta no? (*Mutis*).

JOSEFA.—Ves tonta? Así engañan estos rotos atrevidos... Si no son capaces de nada. Y por éste das un mal ejemplo en mi casa en donde hay una sobrina pura y angelical!

CATA.—Perdóneme, señora, no me eche. Le juro por la Virgen del Carmen, que no lo hago más aquí en el patio.

JOSEFA.—Bueno, te perdono ésta, pero como vuelvas a caer en lo mismo, te pongo de patitas en la calle.

CATA.—Nó, señorita, nunca más. Se lo juro.

JOSEFA.—Bueno, basta. Ahora a trabajar y mucho cuidado que hoy viene mi primo Ildefonso y él está acostumbrado al mantel largo. Ponle asiento a los pensionistas. A don Jesús y a González. El coronel no ha llegado?

CATA.—No, señora, aun no ha llegado el caballero.

JOSEFA.—¿El caballero? He dicho que a mi esposo no le digas caballero. Su título es Coronel que es más que caballero.

CATA.—Tá bien, señora. No ha llegado el coronel.

JOSEFA.—Bueno, ándate y mucho cuidado. Aprende de mi sobrina Magdalena que es un ángel. Adentro...

ESCENA I I I

Magdalena y Jesús

(*Aparecen por l.^o der.*)

MAGDALENA.—Jesús... Jesús!... Jesús.

JESÚS.—Qué?

MAGDALENA.—Sal sin miedo.

JESÚS.—Se fue la coronela?

MAGDALENA.—Sí; no tengas cuidado.

JESÚS.—Vaya un geniecío el de tu señora coronela! Qué tía te ha dado Dios... Bueno, no creo que te la

haya dado Dios, porque con lo bueno que es no iba a regalarte esta fiera. Menos a ti que tienes una carita de cielo.

MAGDALENA.—Cállate, tonto, hoy no está el día para cosas bonitas. El porvenir está cada día más feo.

JESÚS.—Ocurre algo?

MAGDALENA.—Sí; y muy grave. Como si fuera poco este obligado silencio en que estamos!

JESÚS.—No hay más remedio, recuerda que al entrar aquí de pensionista, tu tío y tu tía me notificaron de que tú estabas prometida a otro tío y que este tío (*por él*) no debía pronunciarse jamás por ti. Yo juré ser un tío y mirarte con más indiferencia que al Abate Molina.

MAGDALENA.—Pero eres demasiado seco.

JESÚS.—Ah! de mi conducta delante de tus tíos depende nuestra vida bajo un mismo techo. Tú comprenderás que si no fuera porque ante ellos tú eres para mí un palo de fósforos, no tendrían en mí la confianza ilimitada que tienen. Yendo con calma, llegaremos a un buen fin... hasta que un día les pida el palo...

MAGDALENA.—Y ahora no es posible?

JESÚS.—Ahora... me lo darían pero con la tranca...

MAGDALENA.—Es que lo malo está en que hoy llega mi «futuro».

JESÚS.—Ildefonso?

MAGDALENA.—Sí... viene a buscarlos para ir al fondo de él a pasar unos días... ¿Pero no lloras por la noticia?

JESÚS.—Sí... lloro... claro ¿Y qué hacemos?

MAGDALENA.—Yo creo que debías hablarle a mi tío.

JESÚS.—Si tu tío es un cero a la izquierda. Será todo lo coronel retirado, se habrá batido en donde quieras, pero aquí quien lleva los pantalones es tu tía.

MAGDALENA.—Háblale a ella.

JESÚS.—No me atrevo... Espera. Quizás si tanteando el terreno, si González quisiese... El es valiente.

MAGDALENA.—Preguntarle con disimulo a ellos...

JESÚS.—O fingirse él enamorado de ti... (*Llama*) González... González.

GONZÁLEZ.—Qué pasa? (*dentro en 1.ª derecha*).

JESÚS.—Ven un momento. Urgente...

ESCENA I V

Dichos y González

GONZÁLEZ.—(*Dentro*) Ya (*saliendo*). Caramba, qué sueño!

JESÚS.—Qué pesadilla digo yo!... Tú no sabes lo que pasa...

MAGDALENA.—Es terrible.

GONZÁLEZ.—Bueno, pero qué es...

JESÚS.—Que quieren casar a Magdalena.

GONZÁLEZ.—En hora buena.

JESÚS.—¡Las pinzas! Qué hora buena.

MAGDALENA.—No; es con un tío mío, más bruto y feo que un loro, y yo quiero a éste; sólo a éste.

JESÚS.—A este loro.

GONZÁLEZ.—Animo, pues, la pides tú y se friega el otro loro...

JESÚS.—El caso es que si la pido y me niegan tendré que separarme de ella... Y eso sería atroz! Y todavía arriesgando que la coronela me disparase con una silla y el coronel con otra y me rompiesen algo...

MAGDALENA.—Eso es, la silla en la cabeza, por ejemplo.

GONZÁLEZ.—Bueno; y en qué puedo serles útil yo?

JESÚS.—Por si reciben mal la idea... la pides tú.

MAGDALENA.—Eso es; muy sencillo.

GONZÁLEZ.—Claro!... muy sencillo: que sea mi cabeza la que pruebe los silletazos. Les agradezco el favor. (*Intenta irse y lo detienen*).

MAGDALENA.—No; pero Ud. sabe hablar bien y Ud. no arriesga nada, puesto que si lo echan de esta pensión se va a otra y tan tranquilo. . .

GONZÁLEZ.—Con la cabeza rota, pero tan tranquilo. (*Igual juego*).

JESÚS.—Si no será tanto. . . Comprendo que el favor es grande.

GONZÁLEZ.—Bueno, y por último si me reciben bien y me dan la chica. . . me la llevo?

JESÚS.—Ah! Nó. . . nó. . . nó. . . Entonces sí que ibas a recibir silletazos. . .

MAGDALENA.—Si lo aceptan a Ud. con mayor razón aceptarían a Jesucristo que es mucho mejor que Ud.

GONZÁLEZ.—Muchas gracias por la galantería. De modo que encima que me pide Ud. un favor. . . (*Igual juego*).

MAGDALENA.—Nó. . . no quise decir eso. Además como yo lo quiero sólo. . . a él. . . Sea Ud. bueno.

GONZÁLEZ.—Sí, con tal de burlar a ese par de tíos lo hago. Y por lo demás, si me dan su mano aunque sea por cuenta ajena. . . será para mí la lotería.

MAGDALENA.—Y si le dan mi mano, cuente Ud. con un dedo. . .

GONZÁLEZ.—Cuál?

MAGDALENA.—Siendo yo la lotería hay uno indicado: el gordo para Ud.

JESÚS.—Bien, bien, basta. . . Cada mochuelo a su olivo a esperar la ocasión.

GONZÁLEZ.—Está bien Magdalena (*le besa la mano*).

JESÚS.—Basta, basta.

GONZÁLEZ.—Hombre, ya que se lo voy a pedir, deje al menos que le tome el gusto. . . Hasta luego.

MAGDALENA.—Hasta luego. . . Y muchas gracias y ya sabe, el gordo para Ud.

GONZÁLEZ.—Yo prefiero el índice.

JESÚS.—¿Por qué?

GONZÁLEZ.—Porque en el índice hay de todo (*mutis*).

JESÚS.—Gracias. Ay, Magdalena, Dios nos ayuda.

MAGDALENA.—Sí, nos ayudará. Y ahora que no malicien. . . El índice será para tí!

JESÚS.—¿Con. . . fe de erratas y todo?

MAGDALENA.—¡Tonto! (*Mutis los dos*).

ESCENA V

Josefa y el Coronel

(*Aparecen por 1.ª izquierda*)

JOSEFA.—Llámala. Le hablaremos pronto.

CORONEL.—Te lo iba a decir. Magdalena, Magdalena, aquí inmediateate.

JOSEFA.—Y si se resiste la dominaremos.

CORONEL.—Te lo iba a decir. ¿Resistírseme a mí, que he mandado tres escuadrones del primero de línea?

MAGDALENA.—(Dentro). Ya voy, tío.

JOSEFA.—No; la chiquilla es buena, es una santa. . . no sabe de la misa la media.

CORONEL.—Te lo iba a decir. . . de la misa la media.

JOSEFA.—Y no va a resistirse. El peligro está en que tenga algún amorío.

CORONEL.—En. . . en. . . te lo iba a decir. Que tenga algún amorío. Oh no, pero para algo he mandado yo tres escuadrones del 1.º de línea.

JOSEFA.—No grites, caramba!

CORONEL.—Nó, era lo que te iba a decir, que estaba gritando mucho. . . pero es que me sublevo cuando se me figura que alguien pretende dominarme a mí. . . a mí.

JOSEFA.—Hay que hacerle comprender que Ildefonso es rico, que con él lo tendría todo, coches, caballos, trajes, criados, etc.

CORONEL.—Claro, trajes, criados, etc., caballos, coches, te lo iba a decir!

JOSEFA.—En cambio con otro pobre ¿qué?

CORONEL.—Eso... ¿qué?

JOSEFA.—Bueno, pues, le hablarás tú...

CORONEL.—Claro, yo... No faltaba más, y ya verás tú cómo la pongo si se resiste.

JOSEFA.—Además, hazle ver que tú con 666.66 que ganas, no puedes darle más. (*La cifra se pronuncia seis sesenta y seis sesenta y seis*).

CORONEL.—Te lo iba a decir! 666.66 para mí que he mandado tres escuadrones del 1.º de línea, 666.66! Y me he batido hasta quedar con cuatro cicatrices... tú sabes dónde.

JOSEFA.—Sí, en Chorrillos.

CORONEL.—Y Miraflores! Tres escuadrones! 1,200 hombres, 2,400 pies.

JOSEFA.—Basta! En seguida hablarás con González porque me temo que ese pillastre le haga la ronda a Magdalena. De Jesús no digo nada porque ese hombre es un santo. Pero González esas salidas al campo que hace todas las semanas, los sábados para volver los lunes, me escaman. Hay que ver cómo vuelve.

CORONEL.—Te lo iba a decir! Hay que ver cómo vuelve.

JOSEFA.—Ahí viene Magdalena.

ESCENA VI

Dichos y Magdalena

MAGDALENA.—Perdóneme, tíito. Estaba haciéndole la pieza a Jesucito.

JOSEFA.—Haces bien en atender a ese muchacho; ese es un hombre serio y formal... ¿no te parece Coronel...?

CORONEL.—Te lo iba a decir! Se parece a un cabo de un escuadrón del 1.º de línea... que...

JOSEFA.—Basta, Coronel! Deja el escuadrón y habla.

MAGDALENA.—Uds. dirán, tíitos, ya saben que mi voluntad es la de Uds.

CORONEL.—¿Ves? Josefa? Ya te lo decía yo.

JOSEFA.—Bueno, pero habla, hombre, habla.

CORONEL.—Pues, querida Magdalena, lo que hay, es lo que hay (*a Josefa*) ¿Está bien?

JOSEFA.—Está bien.

CORONEL.—Y lo que está bien... está bien ¿está bien?

JOSEFA.—Está bien!

CORONEL.—Pero lo que está mal... no está bien? ¿Está bien?

JOSEFA.—¡Está mal!... Digo, no!... ¡Está bien!

CORONEL.—Y yo no estoy acostumbrado a que me desobezcan, porque me acuerdo que un capitán de escuadrón de los tres del 1.º de línea.

JOSEFA.—Al grano, Coronel.

CORONEL.—¡Allá iba, mujer! Bueno, pues, pasa lo que pasa, tú debes suponerlo ya...

MAGDALENA.—No sé nada, tío... pero Ud. que es tan bueno me ordenará ni más ni menos que a un escuadrón.

CORONEL.—Ya lo decía yo. Eres de línea Ah... me recuerdas una cantinera que tenía un pelotón de los míos...

JOSEFA.—Que tenía un pelotón?

CORONEL.—Un pelotón del 1.º de línea se entiende. Era así, obediente como tú, una noche en Chorrillos, estaba yo revistando el escuadrón cuando llegué al pelotón de la...

JOSEFA.—Vaya! Eres inaguantable, Coronel. Todo se te vuelve hablar de tus escuadrones.

CORONEL.—Valdrán algo mis hazañas cuando gano 666.66.

JOSEFA.—Bueno, lo que pasa es... que hoy llega tu novio.

CORONEL.—¡Era lo que te iba a decir!

MAGDALENA.—Mi novio? Pero si yo no tengo ningún novio.

JOSEFA.—Eso crees tú, pero nosotros te hemos buscado uno que es un partido colosal!

CORONEL.—Eso es... Un novio que es un partido.

JOSEFA.—Y estoy segura que te vas a volver loca por él.

MAGDALENA.—Pero, tía, por Dios... Yo un novio, así tan de repente.

JOSEFA.—Los novios tienen que ser así de repente... Nó, pero este es un hombre de primera.

CORONEL.—¡Todo un veterano del 79!

MAGDALENA.—Pero me voy a casar con un veterano?

JOSEFA.—(¡Animal!) Nó, si es joven... Este quiere decir que merecía ser veterano del 79.

CORONEL.—Claro! es un chiquillo... No usa pantalón corto porque tiene muchos pelos en las piernas, nada más...

JOSEFA.—Ah! pero es una figura como para el cine! Un verdadero... de los yanquis, cowboy-scouts.

CORONEL.—Cow-boy, mujer, cow-boy. Nada, que te conviene... Además tiene mucho dinero... Y tu matrimonio nos vendría a proporcionar tantas comodidades que no tenemos... fondos, criados, y yo saldría de los 666.66 que son una vergüenza para un veterano que ha mandado...

JOSEFA.—Sí, tres escuadrones. Dí que sí tonta...

MAGDALENA.—Pero sin conocerlo.

CORONEL.—Si lo conoces; es nuestro primo Ildefonso.

MAGDALENA.—Pero si don Ildefonso es viudo.

JOSEFA.—Son los mejores, chiquilla! El que aguanta una, aguanta dos.

CORONEL.—Yo he aguantado tres!...

JOSEFA.—(Pellizcándole). ¿Cómo tres?

CORONEL.—¡Tres... tres escuadrones, mujer!...

MAGDALENA.—Nó, pero cómo voy a contestar así...

JOSEFA.—Mira, si ha cambiado mucho. Está hecho un dandy. Hoy va a venir a almorzar con objeto de llevarnos a su fundo a vivir unos meses para que lo conozcas.

MAGDALENA.—Qué! Separarme de...
JOSEFA.—De quién?
MAGDALENA.—De... mi casita.
JOSEFA.—(Aparte al coronel). Hum, González.
CORONEL.—(Aparte a Josefa) ¡Te lo iba a decir!
MAGDALENA.—Y además... Nó... Eso es, prefiero aceptarlo pero a plazo sin salir de aquí.
JOSEFA.—Nó; es preciso ir al fundo. Y no te pongas tiesa porque, aunque no es nuestro ánimo violentarte, esto está acordado, entiendes?
CORONEL.—Eso es; acordado! Hemos gastado ya mucho en ti y tú tienes que recompensarnos, sobre todo cuando en la recompensa vas llevándote una ganga como Ildefonso, un hombre guapo, elegante, fino y de una cultura...
JOSEFA.—Una ganga...

ESCENA VII

Dichos Cata, luego Ildefonso

(Ambos por el foro)

CATA.—Señora: on Ildefonso.
CORONEL.—Adelante, march...
JOSEFA.—Que pase, riete que es una ganga.
(Entra Ildefonso, trae canastos y viste de huaso).
MAGDALENA.—¡Vaya una ganga!...
ILDEFONSO.—Querida prima. ¿cómo te va? por la chupalla que gustazo más remacanúo al verte... Hombre, coronel por la chupalla, atráquese.
CORONEL.—Cuánto gusto, hombre, cuánto gusto en verte.
MAGDALENA.—(A Josefa) Tía, ésta es la guagüita?
JOSEFA.—Te parece mal... para el precio.
ILDEFONSO.—Y esta chiquilla? Ah Es la...
CORONEL.—Magdalena... Magdalena, nuestra sobrina.

ILDEFONSO.—Bien, bien, bien! (Cada «bien» es ronco y alargado). Como se pide la Madalena. Tantísimo gusto en verla buena de salud pué...

MAGDALENA.—Para servir a Dios y a Ud.

ILDEFONSO.—Bien, bien, bien. De modo que esta es la Madalena, ah!... (Ríe y la vuelve a mirar). Bien, bien, bien. Ta gordita no?

JOSEFA.—La cuidamos tanto... Hace su voluntad no más.

CORONEL.—Te lo iba a decir! Le damos tanta Emulsión de Scott.

ILDEFONSO.—Eso es pa engordar? Debe ser como el ulpo entonces!

CORONEL.—Es muy regalona... Vaya, vaya. Y tú cada día más joven Ildefonso.

ILDEFONSO.—Así, así cargando con los 60 (Magdalena ríe).

JOSEFA.—¿Sesenta? Nó, primo, no sé por qué te aumentas los años. Tú naciste... claro! el año... el año...

CORONEL.—¡El año del cólera!...

JOSEFA.—Tienes 50 nada más!

ILDEFONSO.—Yastá pues, lo dejaremos en 50 no más... (Mira a Magdalena). De modo que ésta es la Madalena ah?... Bien, bien, bien.

CORONEL.—¿Y esos paquetes? son equipajes tuyos?

ILDEFONSO.—¿Pa qué uso yo equipajes, Coronel? Pa ormir me acuesto esnuito. Pal diario... pa un mes por aquí no iba a traer mía. No, too esto son regalitos. Unas avencitas, un corderito, algo no más.

JOSEFA.—Ay! Para qué te fuiste a molestar Ilde? Cata! Llévate esto para dentro. (Aparece Cata por 2.ª izq. empieza a recoger).

CORONEL.—Tan amable Ilde... siéntate.

ILDEFONSO.—Buena cosa... de modo que ésta es la Madalena.

JOSEFA.—Sí, ésta.

ILDEFONSO.—Bien, bien, bien. (A los gritos, Cata que va a salir, suelta

los paquetes asustada. Luego los recoge. Mutis).

MAGDALENA.—(Aparte). En realidad, es una ganga este hombre.

CORONEL.—Pero mira, Ilde, has hablado de un mes por acá? Nó hombre, si nosotros tenemos una gran idea. Nos vamos Josefa, yo y Magdalena a pasar unos días a tu fundo.

ILDEFONSO.—Madalenita también? La breva pelá pus coronel. Ejañte más la miro más mejor me resulta...

JOSEFA.—(A Magdalena). Háblale algo, estúpida!

MAGDALENA.—De modo que Ud. es don Ildefonso?

ILDEFONSO.—Yo, pues, Madalenita.

MAGDALENA.—Bien, bien, bien.

CORONEL.—Pero hombre, no me has contado cómo está la chiquilla por allá.

ILDEFONSO.—La Filomena? Ahí está pues, engordando que da un gusto... Igualita a mí; es una preciosura la chiquilla.

MAGDALENA.—Claro, siendo igual a Ud.

ILDEFONSO.—Já, Já!... Gracias, de modo que...

CORONEL.—Sí, ésta es la Madalenita.

ILDEFONSO.—Bien, bien, bien. Ni una palabra más pus coronel. Ud. manda y si Ud. lo dice, esta misma tarde las embelamos pal fundo, los vamos en el tren de siete... y en primera, ¿no le parece Madalenita?

MAGDALENA.—Yendo con Ud...

ILDEFONSO.—De modo que...

JOSEFA.—Sí, ésta es la Magdalena. Oye, Ilde, si tienes que arreglarte un poco, lavarte por el carbón que traigas...

ILDEFONSO.—Pá qué gastar agua prima? No me voy a encarbonar esta tarde otra vez?

CORONEL.—Sí pero para que estuvieses mejor.

MAGDALENA.—Nó, pero si yo lo encuentro bien así.

ILDEFONSO.—Bien? (*Se le hace agua la boca*). Já! Bien, bien bien. Pa qué más agua, Coronel, cuando de mirarla se me hace agua el hocico.

JOSEFA.—¡Qué gracioso Ilde! Siempre haciéndose más huaso de lo que es.

CORONEL.—Ah! Te lo iba a decir...

MAGDALENA.—Es que él sabe que le asienta, pues...

ILDEFONSO.—No es cierto? Caa uno con su moo de ser. Yo soy bestia chilena e potrero y a potrero estoy acostumbrao. Uds. y la Madaleni- ta son bestias finas... De pesebrera. Y están hechos a la pesebrera. Caa uno con su caa uno.

JOSEFA.—Pero mira, vamos adentro por que la Magdalena tiene que hacer algunos preparativos no?

ILDEFONSO.—Bien, bien, bien... Después de almuerzo me vá a acompañar el Coronel a unos quihaceres. Tengo que buscar un administrador pal fundo porque como estoy con la idea de casarme, no me voy a poer ocupar e las tierras...

MAGDALENA.—Un... Administrador?

CORONEL.—Vamos, hay tiempo para hablar de eso.

JOSEFA.—(*Aparte a Magdalena*). Ya estás pensando en tu González.

ILDEFONSO.—De moo que ésta era la Madalena. Bien, bien, bien. Ta gordita la ñata, coronela. (*Haciendo mutis l.º izquierda*).

CORONEL.—La ñata? Sí era lo que iba a decir. Lo que le iba a decir. Adelante...

ILDEFONSO.—Pásele pues, Coronel (*Lo empuja y mutis*).

JOSEFA.—¿Qué hubo? Es o no una ganga? No te lo decía yo?

MAGDALENA.—Bien, bien, bien. Haré lo que ustedes gusten.

JOSEFA.—Así me gusta. Haces siempre lo que quieres. Bien, bien. Ya se me le fue a pegar (*Mutis l.º izquierda*).

ESCENA VIII

Magdalena, Jesús y González

JESÚS.—Lo hemos oído todo, tus tíos son más comerciantes que un turco y siento corresponderles tan mal sus elogios.

GONZÁLEZ.—En cambio yo los encuentro encantadores.

MAGDALENA.—Bueno, eso de que Ud. tiene un lío fuera de Santiago, no lo niegue Ud.

GONZÁLEZ.—¿Y hago mal? Quiere Ud. que le haga la corte a su tía? Claro, por eso voy a Hospital a ver a mi chiquilla los sábados en su fundo que es cuando su padre se viene a Santiago.

JESÚS.—Bueno. Aquí lo importante está en abordarlos de una vez por todas... González, aquí es donde se ve a los amigos.

GONZÁLEZ.—Pero, tú crees que yo les tengo miedo. El único peligro que tiene la aventura otro.

MAGDALENA.—¿Cuál?

GONZÁLEZ.—Que me la den.

JESÚS.—Dios quiera que te la den.

GONZÁLEZ.—Y me la dan a pesar de la oposición de Magdalena. Es que tú, Jesús, eres un cobarde, y por tu cobardía estás arriesgando tu porvenir...

JESÚS.—Lo que quieras... pero procedamos. Yo creo que ellos piensan en el huaso Raimundo ése, porque creen que Margdalena no tiene otro pretendiente, pero cuando vean que los tiene...

GONZÁLEZ.—Y vean la clase. Bueno, pero para pedirla a Ud. necesito ponerme en situación.

MAGDALENA.—Cuenta conmigo.

JESÚS.—¿Cómo?

GONZÁLEZ.—(*Abrazando a Magdalena*). Así por ejemplo.

JESÚS.—Oye, no te oproveches, eh?

GONZÁLEZ.—Es que me estoy poniendo en situación, hombre, tú com-

prenderás que a sus tíos tengo que hablarles de ella, de sus ojos, de su boca, de su figura, de... (*la abraza otra vez*). Y me tengo que poner en situación (*le besa una mano*). Tengo que tomar una idea (*le toma la otra mano*).

JESÚS.—Sí, pero es que te estás tomando dos ideas.

GONZÁLEZ.—Es que me estoy poniendo en situación, hombre!

MAGDALENA.—Tiene razón González.

JESÚS.—Sí pero el que se está poniendo en situación soy yo.

MAGDALENA.—¿Tú?

JESÚS.—En situación ridícula. Basta, hombre, anda.

GONZÁLEZ.—¿Estarán solos?

MAGDALENA.—Voy a ver (*entra y sale*). Están solos. Ildefonso se fué a lavar a la pieza de mi tío.

JESÚS.—Entra sin miedo. Yo te protejo.

GONZÁLEZ.—¿Miedo yo? Cuando te digo que después me la vas a tener que pedir a mí, es porque me la dan. (*Mutis*).

JESÚS.—Los dados están tirados. Quiera Dios que no nos salga china. ¿Oye, no sospecharán tus tíos de mí?

MAGDALENA.—Antes sospechan del Conquistador Almagro! Creen que mis amores son con González.

JESÚS.—¿No habrás dado algún motivo tú?

MAGDALENA.—Tonto, tú sabes que te adoro.

JESÚS.—Oh! Me haces feliz. Mira, parece que discuten. Me da en la nariz que le va mal... (*tiran de adentro un cojín que le da en la nariz*). No te decía que me daba en la nariz.

JOSEFA.—(*Dentro*). Sinvergüenza! No faltaba más!

GONZÁLEZ.—(*Dentro*). ¡Socorro! socorro!

CORONEL.—(*Dentro*). A mí... a un Coronel retirado. (*González aparece con un ojo en tinta y sujeta la puerta*).

MAGDALENA.—Por Dios, González! ¿Qué ha sido?

GONZÁLEZ.—Nada! lo dicho: que me dieron... nada menos que con un sable que se batió en Churrillos... Chorrillos. ¡Qué tíos pegando! Y la peor es tú tía. Tomó la vaina y me dió con ella en plena cabeza.

JESÚS.—Y tú te defendiste?

GONZÁLEZ.—Hasta dejar los «puños» en el combate.

MAGDALENA.—¿Ves de la que te has escapado Jesús?

GONZÁLEZ.—A mí que me parta un rayo, no es cierto? Hazme el nudo de la corbata por favor. ¡Qué me va a decir mi novia! Cómo llego yo a verla a Hospital! Con este ojo tapado?

JESÚS.—Pues la miras con el otro. Por lo demás para Hospital, llevas una cara muy adecuada.

GONZÁLEZ.—He perdido un ojo. Bueno, sujeta tú aquí mientras yo me escapo, porque si llega el huaso ése... me ciegan. Oye, el lunes me mandas el equipaje ah? Y si me encuentran el ojo me lo mandan en un paquetito.

JESÚS.—Gracias, González. Te lo agradeceré toda la vida.

MAGDALENA.—Y yo lo mismo. Es Ud. un héroe.

GONZÁLEZ.—Deme Ud. un abrazo de despedida.

JESÚS.—(*Soltando la puerta*). Si no la sueltas, pierdes el otro ojo.

GONZÁLEZ.—¿No la sueltas! Adiós! Dios los proteja. (*Mutis por el foro*).

MAGDALENA.—Yo no quiero que me vean. (*Mutis*).

JESÚS.—¡Ah! qué idea! (*Se despeina como si hubiera peleado*).

ESCENA I X

Jesús, Josefa, Ildefonso y Coronel

CORONEL.—¿Dónde está?

JOSEFA.—Sinvergüenza, canalla!

JESÚS.—Se acaba de ir.
 ILDEFONSO.—De modo que... ese era el gallito no?
 JESÚS.—Lo he echado yo.
 JOSEFA.
 CORONEL.
 ILDEFONSO.
 —¿Ud.? Y cómo?
 JESÚS.—Cuando sentí los gritos salí corriendo. El villano. El canalla! El que abusó de vuestra confianza, estaba aquí. Pues me le fuí al cuello... y le hice un nudo (*aparte*) el de la corbata.
 CORONEL.—Es Ud. un valiente, Jesús.
 JOSEFA.—Caballero como Ud. hay muy pocos.
 JESÚS.—Quedamos poquitos...
 ILDEFONSO.—Ah! De modo que... Este es Jesús, no?
 JESÚS.—Sí, señor, yo.
 ILDEFONSO.—Bien, bien, bien. Desde hoy es usted mi amigo.
 JOSEFA.—¿Y dónde está Magdalena? Porque es preciso que declare.
 CORONEL.—Era lo que iba a decir. Magdalena! Magdalena!

ESCENA X

Dichos y Magdalena

MAGDALENA.—(*Llorando*). Yo no tengo la culpa, tíitos.
 JOSEFA.—¿Y qué dices ahora de tu González?
 MAGDALENA.—Que si antes lo quería un poco, ahora lo odio. Ha sido capaz de levantarles la mano.
 CORONEL.—Ya se lo decía yo, Ildefonso.
 ILDEFONSO.—De modo que... lo odia no? Me alegro que lo hayan conocido. Un tipo así podía pretender a mi Filomena. Ya ve., ahora está sola en Hospital, en mi fundo.
 JOSEFA.—Y yo que lo había convidado a almorzar y hasta le había batido unos huevos.
 JESÚS.—(*Aparte*). La vaina! Ya salió la vaina!

CORONEL.—Y ahora que hemos vencido en este combate, podemos ir al rancho.
 ILDEFONSO.—Y después de almuerzo al fundo.
 CORONEL.—Muy bien dicho!
 ILDEFONSO.—Y Ud. se irá con nosotros.
 JESÚS.—¿Yo al fundo?
 ILDEFONSO.—¡Clarito (*Magdalena hace señas a Jesús con la cabeza*). Qué tiene esta niñita que se le menea el moño? Como yo me voy a casar, necesito un administrador.
 JOSEFA.—Y nadie mejor que Ud. Jesús. Un hombre honrado, que no le gustan las mujeres...
 ILDEFONSO.—Qué no le gustan? Es un fenómeno!
 JESÚS.—Bueno; pero si yo no soy agrónomo, yo soy abogado.
 ILDEFONSO.—Abogado? Mandao hacer pa sembrar papas.
 JOSEFA.—Y tú qué dices? Vas contenta?
 MAGDALENA.—Yendo con... con Uds... contentísima.
 JOSEFA.—Pues entonces a celebrar la partida...
 CORONEL.—Te lo iba a decir! Al rancho, niños, al rancho! (*Mutis Josefa y Coronel*).
 ILDEFONSO.—De moo que éste era don Jesús. Bien, bien, bien. (*Mutis Ildefonso*).

ESCENA XI

Magdalena, Jesús, Cata y Lechero

(*Cata y Lechero aparecen por el foro. El segundo llevando la cuenta. Al ver que Magdalena y Jesús se abrazan, ellos hacen lo mismo*).

MAGDALENA.—Qué felicidad!
 JESÚS.—Esto merece un beso!
 LECHERO Y CATA.—¡Oh!
 LECHERO.—Púchas la moralía!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena está dividida en dos piezas. A la izquierda una salita escritorio con una ventana que da al gallinero. A la derecha una especie de hall con corredor al fondo, muebles de mimbre.

ESCENA I

Josefa y Cata en el hall

JOSEFA.—¿Y cómo te hallas en el campo, mujer?

CATA.—Esto es un cielo, misiá Josefa.

JOSEFA.—¿Te has olvidado ya del lechero?

CATA.—¡Hartazo tiempo, señora!... Y Ud., Ud. si que se ha puesto rebién aquí.

JOSEFA.—El descanso, mujer. Toda mi ilusión es en las mañanas ver lechar las vacas, y a medio día almorzar, y en las tardes pasear por los huertos de castaños y olivos.

CATA.—Y el Coronel? Se acostumbra?

JOSEFA.—El Coronel está en sus glorias... Se lo pasa todo el día a caballo dando gritos de mando... Se ha propuesto militarizar a los peones... todos los días los hace hacer ejercicios. Se figura que son de sus escuadrones del 1.º de línea.

CATA.—La pura que don Ildefonso es muy regüenazo, no es cierto?

JOSEFA.—Es primo mío, figúrate...

CATA.—Lo único con lo que no me hago, es con las noches, misiá Josefa. A estas horas me empieza a entrar el susto... Ay! le tengo tanto mío a los salteadores!

JOSEFA.—No hablemos de eso que yo también les tengo. Por eso me escondo aquí (*Fuera se oyen gritos de mando*).

CORONEL.—Cabeza alt! Media vult!... Escuadrones del 1.º de línea, firm.

JOSEFA.—Pero con estos regimientos podemos dormir tranquilas.

CATA.—Con un sordao ya una puee dormir rebién.

ESCENA II

Dichos, Coronel y algunos huasos. El Coronel con sable al cinto

CORONEL.—Un!... dos! un! dos! Alt!... Izquier! Descansen arm!... Sargento, recoja el armamento! (*Recoje las escobas, palas y barretas*). Escuadrón, firm!... Bravo, muchachos, bravo.

JOSEFA.—Déjalos descansar, Coronel.

CORONEL.—Si están contentos así... Ah! Si el gobierno conociera esta obra mía! Se avergonzaría de tenerme con 666.66. A ver muchachos: A discreción! Hemos maniobrado rodeando el río... sin ser molestados por el enemigo que huía desenfrenadamente. Al caer la tarde, entré con mi tropa airosa y disciplinada al pueblo enemigo de Hospital, al galope tendido de nuestros caballos, dispuestos a vencer o perecer. Mis bravos muchachos tenían sereno el ánimo y el sable en la mano. Al sonar las siete en el reloj de la Iglesia, el enemigo se presentó a mí, y me ordenó rendición... A mí!

JOSEFA.—El enemigo? Quién?

CORONEL.—Un paco que me dijo que estaba prohibido galopar a caballo. Como si yo pudiera galopar a pie! A mí!! Me volví sobre la silla del alazán y alzando el sable grité: ¡Muchachos! ¡O vencer o morir! El que sea valiente que me siga! ¡La contienda es desigual! ¡O atravesamos las enterradas calles de Hospital, o ellas serán nuestra tumba! Muchachos, a la carga! Y todos, todos estos soldados que veis aquí, me contestaron como Condell a Prat a una voz: ¡All right!

JOSEFA.—Pero saben inglés?

CORONEL.—Ellos tradujeron la frase y dijeron: Saquémosle la maire al paco! Dimos la carga y triunfamos!

JOSEFA.—Me parece que esta gente debe tener mucho apetito. Déjalos ir a comer.

CORONEL.—Tarará... A rancho. A la izquierda... De frente... mar... Un! dos! un! dos! (*Mutis huasos*).

JOSEFA.—Bueno, ven a sacarte esos aperos para que salgamos con Ildefonso a dar un paseo. Vamos, Cata.

CORONEL.—Te lo iba a decir... Vamos, ay! como me he acordado de mis tiempos! (*Mutis. Coronel, Josefa y Cata. Al salir el Coronel militariza a Cata*). De frente, mar! Un dos, un dos...

ESCENA III

Ildefonso, Jesús y Magdalena.

(Aparecen por el foro).

ILDEFONSO.—De moo que... Madalena le va a ayudar a hacer el inventario de esos animales...

MAGDALENA.—Con mucho gusto.

JESÚS.—Si a Ud. le parece.

ILDEFONSO.—De moo que... Madalena ¿se va acordar de mí cuando cuente los animales?

MAGDALENA.—Más que nunca don Ilde.

ILDEFONSO.—Bien, bien... De moo que... este es el escritorio donde va a trabajar ahora. No tiene más defecto que da al gallinero... pero como Uds. no se van a pasar allá. Bueno, con permiso no?

MAGDALENA.—Vaya no más y no se demore, pues.

ILDEFONSO.—A las 7½ güervo, no se espere. Bien, bien!

JESÚS.—(*Pasando del hall al escritorio y abrazando a Magdalena*). Qué tonto es!

MAGDALENA.—No va a oír! Chits... hablemos aquí en voz baja.

ILDEFONSO.—Qué pocos hombres hay como ese! Otro ya estaría abusando ya!...

ESCENA IV

Dichos, Josefa y Coronel

(Estos por donde han salido; foro hall).

JOSEFA.—Hola! Cómo estás? ¿Y que, que tal las cosas?

ILDEFONSO.—Trillándola estoy, prima! Pero me le parece que no le caigo mal a la ñata. Va bien! Bien!

CORONEL.—Era lo que decía yo!... Siguiendo mis consejos... mi plan. No en balde con mi plan guíe a la victoria a mis tres escudrones del 1.º de línea.

JOSEFA.—Y la Filo? No se ha enojado por tus proyectos?

ILDEFONSO.—¡Mé! Entonces no tengo derecho yo... Nó... Es muy buena chiquilla... Es más inocente que un novillo recién nació.

CORONEL.—Te lo iba a decir. Me parece eso.

ILDEFONSO.—Te parece un novillo?

CORONEL.—No; que no te engañaba.

JOSEFA.—De modo que tú crees que tu asunto con Magdalena va bien.

ILDEFONSO.—Mire, prima, pa qué andar con rodeos. La Madalena está chiflá por mí. ¡Este niño pu! En lo poco que le he tallao la tengo arrinconá. Ante de poco la pasamos por la Iglesia. (*En el escritorio se besan Magdalena y Jesús*).

JOSEFA.—Y dónde estará ahora?

ILDEFONSO.—Está aquí en el escritorio ayudándole a Jesús.

CORONEL.—Con Jesús? Y no temes?

ILDEFONSO.—No, coronel... Si al niño ese lo estoy casando con la Filo. El dice que no le gustan las mujeres... pero a mí no me la pega... le gustan, le gustan. Bueno, vamos al huerto...

JOSEFA.—Pero queda esto solo?

ILDEFONSO.—No tengas miedo, prima. a puerta está bien cerrá. En el gallinero que da a esa pieza hay un perro que apenas ve a un desconocido, se lo come. Es una fiera.

JOSEFA.—Bueno, te dejamos para que le des otro atraconcito a Magdalena mejor!

CORONEL.—Te lo iba a decir. Vámonos.

ILDEFONSO.—Bien no más pu. Ligerito bajo pa que la echemos a caminar por el huerto e los castaños quere?

JOSEFA.—Espléndido! Hasta luego Ilde. (*Mutis por el foro Coronel y Josefa. Ilde queda solo en el hall*).

MAGDALENA.—Y mucho cuidado con que te vea otra vez solo con la Filo.

JESÚS.—Ya se fueron. Está él solo. Sal tú ahora.

MAGDALENA.—(*Pasa al hall*). Don Ilde... qué se había hecho. Si viera cuánto me he acordado de Ud. mientras sumaba los animales con Jesús.

ILDEFONSO.—De moo que... se acordaba de mí nó? Bien, bien, bien.

MAGDALENA.—Lo estoy pasando tan bien aquí que me parece el cielo.

ILDEFONSO.—(*Por su barba*) ¿Y yo seré San Pedro no es cierto?... Y Ud. la Virgen. Yo le aseguro que me lo paso pensando en Ud. too el día y toa la noche. Hasta el apetito se me la ha quitado, le aseguro.

MAGDALENA.—Ay! Entonces le hago mal?

ILDEFONSO.—Ejelo no más. Ya me desquitaré.

JESÚS.—(*Sumando en los libros*). 53 yeguas; 82 caballos; total caballunos, 135.

ILDEFONSO.—Dentro de poco nos casaremos... Y después ¿ah? Ud. ya sabe lo que vamos a tener.

JESÚS.—8 novillos; 47 terneros; total 55 ovejunos... y dos chanchos.

MAGDALENA.—Habla Ud. unas cosas, don Ilde...

ILDEFONSO.—De moo que... se acuerda de mí nó? Bien! bien! Bien!... Por la maire la mano suave, Malenita. Tiene el pellejo como sea. Es bien rebonita por la chupalla! (*Magdalena se retira. Ildefonso le*

besa la mano, Jesús, que se asoma, brinca).

JESÚS.—Qué pasa? eh? La toma la mano! Viejo verde!

ILDEFONSO.—Tan loba qué la Malenita.

MAGDALENA.—Estamos tan solos (*Jesús pasa al hall*).

JESÚS.—Don Ilde... Don Ilde...

ILDEFONSO.—(*Separándose*). Ha brá visto algo?

JESÚS.—Novillo. Novillo... Los novillos son vacunos? ovejunos? o caballunos?

ILDEFONSO.—Vacunos, pus hombre, vacunos.

JESÚS.—Está bien, perdone (*al escritorio*).

(*Ildefonso besa a Magdalena*). Este beso sí que fue caballuno! (*vuelve al hall*). Don Ilde, sigo con las aves?

ILDEFONSO.—Sí, las aves. Hay que hacer el inventario de too. Métele con lo que caiga no más. (*Magdalena ríe, apoya el brazo en Ildefonso*).

JESÚS.—(Y Magdalena se está riendo de mí. ¡Qué postura! Ni que fuera ave de postura).

ILDEFONSO.—Mire on Jesu: Métele ei no más, como caiga, pero... no salga pu ñor! Ya el segundo corte que nos hace! Tanto que creo que no suma ná así.

JESÚS.—Bueno, hasta luego (lo que quisiera es dividir ahora) (*al escritorio*). (*Entra Filomena al hall y corta nuevamente el abrazo de Ilde, que está furioso*).

ESCENA V

Dichos, Filomena, luego Cata

MAGDALENA.—Uy su hija!

ILDEFONSO.—Por la rechupalla!

FILOMENA.—Papá, van a ser las 7 y a las 7 quedaste en ir a pasear con los tíos.

ILDEFONSO.—Sí, pero... ya voy ya!
 JESÚS.—(*Pasando al hall*). Don Ilde, estos 20 fardos son del 1.º corte o del 2.º corte?
 ILDEFONSO.—Del 3.º corte pues! No cacha on Jesusito por la chupalla, ¡Ah! Filo por qué no le ayudai tú a on Jesu, mientras se pone al corriente.
 JESÚS.—(*Ahora me desquito*). Espléndido, sí, Filomenita. Hágame el favor.
 MAGDALENA.—Nó... nó... pero para qué le van a molestar, yo me voy y va don Ildefonso.
 JESÚS.—No... Filomenita me va a ayudar...
 FILOMENA.—Con mucho gusto.
 ILDEFONSO.—Eso es; Filomenita, sí... Acompáñalo, ya está... y así ya no me pregunta más ná.
 JESÚS.—Pierda cuidado. Vamos, Filomenita?
 FILOMENA.—Vamos.
 ILDEFONSO.—Esués! Echenlas pa entro! ¡Echenlas!
 (*Los empuja gritándolos y borneando la chicotera en el aire*).
 MAGDALENA.—(*Se levanta nerviosa. Jesús cierra la puerta*). Pero para qué hace trabajar a la niña, don Ilde...
 ILDEFONSO.—Ud. cree que van a trabajar? Si ya están entendiéndose...
 MAGDALENA.—Qué? Que se están entendiendo?
 ILDEFONSO.—Me pancuca.
 MAGDALENA.—Qué?
 ILDEFONSO.—Me pancuca.
 MAGDALENA.—Y qué es eso?
 ILDEFONSO.—Me paralila. Claro, nos entendimos nosotros... yo que no soy tan pollo. Mayormente los otros que están en la edá...
 MAGDALENA.—Oh! Pero on es posible!
 ILDEFONSO.—Ejelos, Malenita... así como a nosotros nos gusta platicar la amistad, a ellos también les gusta.
 MAGDALENA.—Sí, ya veo que les gusta.

CATA.—Patrón. (*Desde la puerta*).
 ILDEFONSO.—(*Furioso al verse una vez más interrumpido*). Qué hay ho?...
 CATA.—Dice el Coronel que lo espera para ir al paseo.
 ILDEFONSO.—Bueno... iré. Vamos Malenita?
 MAGDALENA.—No; me duele un poco la cabeza. Yo me quedo un ratito.
 ILDEFONSO.—La espero allá? (*Mutis*).
 MAGDALENA.—Sí; voy después... Canalla! Traidor. (*Se pasea nerviosa*).
 JESÚS.—(*En el escritorio*). De modo que Ud. tiene novio?
 FILOMENA.—Sí, pero no estoy comprometida. No se lo diga a papá porque me mataría. El viene todas las tardes de los sábados y los domingos a verme.
 JESÚS.—¡Qué gallo! (*Mira al hall*). (Ahí está; ahora, verá) (*aa un grito y se toca un dedo*) ¡ay!
 FILOMENA.—Por Dios! Qué le pasa?
 JESÚS.—Que me he pinchado con el alfiler de la corbata.
 FILOMENA.—Le traigo tela emplástica?
 JESÚS.—No, no vale la pena. Me lo chuparé... basta. (*Se chupa imitando besos*).
 MAGDALENA.—Eh? Pero qué es eso? Sí; se están besando, no cabe duda. Y siguen. Y qué ruido hacen.
 FILOMENA.—Pasó ya?
 JESÚS.—Sí; pero déjeme que me saque lo malo (*sigue haciendo ruido*).
 MAGDALENA.—¡Canalla! (*golpea la puerta*).
 JESÚS.—Qué? Quién es?
 MAGDALENA.—Soy yo, abra un momento.
 JESÚS.—Estamos muy ocupados.
 MAGDALENA.—Si es... un recado de don Ilde...
 FILOMENA.—Abrale, no vaya a creer que...
 JESÚS.—Voy (*abre y sale*) dígamelo a mí.
 MAGDALENA.—Te parece bien... te parece bonito... Canalla!
 JESÚS.—Qué! a ver qué? Dílo...

- MAGDALENA.—Que te encierras ahí... a darle besos a ella... y yo... chupándome el dedo...
- JESÚS.—Nó... el que se lo chupaba era yo... digo... no...
- MAGDALENA.—No; no y no. Esto se acabó. Esa chiquilla es una sinvergüenza. Eso es.
- FILOMENA.—(*Saliendo al hall*). ¿Qué? Sinvergüenza será Ud. que estaba denantes sola con mi padre.
- JESÚS.—Muy bien dicho.
- MAGDALENA.—Eso no quita nada. Yo no me besaba con él y Ud. sí.
- FILOMENA.—Que me estaba besando? Eso es una calumnia. (*Jesús ríe a carcajadas*).
- MAGDALENA.—Lo he oído yo! Y sepa que he oído bien.
- JESÚS.—El ruido? Ni que se lo hubieran estado diciendo a Ud.
- FILOMENA.—Eso es falso... para que Ud. vea. Ese ruido que oyó era de otra cosa muy distinta.
- MAGDALENA.—Eh?
- FILOMENA.—Sí, señorita; pero muy distinta.
- MAGDALENA.—Y qué cosa era?
- FILOMENA.—Pues, que don Jesús se pinchó con el alfiler de la corbata y para sacarse la sangre se estaba chupando el dedo así (*imita*).
- MAGDALENA.—De veras? ... Pero ese ruido era así? (*Lo hace también*).
- JESÚS.—Sí así (*se chupa*). Sólo que yo no he pensado pincharme el dedo.
- MAGDALENA.—Qué entonces?
- JESÚS.—Nada; como Ud. estaba aquí oyendo lo que hacíamos nosotros, para satisfacer su curiosidad y que oyera algo importante... hice ese ruido, para que Ud. creyera que nos besábamos. Puede Ud. tener cuidado al hablar de los demás.
- FILOMENA.—Ha de saber Ud. señorita que yo no beso a nadie... más que a mi novio.
- MAGDALENA.—Perdone Filomena, yo creí que... además me puse tan nerviosa...
- FILOMENA.—Es Ud. muy escrupulosa con los demás. Pero sepa que si yo lo hago así es porque estoy desesperada con mi padre que me trata muy mal y no quiere dejarme pololear, mucho menos con el que a mí me gusta porque es pobre.
- MAGDALENA.—Pero eso es un crimen.
- FILOMENA.—Ud. no lo puede saber... A Ud. nadie la obliga... y le voy a ser franca. Yo me eduqué en Santiago, en la Escuela Normal. Sé muchas cosas. Conozco la Historia de Chile, Europa, Asia, Africa y Oceanía... al dedillo... y puedo ganarme la vida.
- MAGDALENA.—¿Y qué piensa?
- FILOMENA.—Irme con él porque yo no aguanto a mi padre que cree que no hay libertad. Claro! ¡No conoce el mundo!
- JESÚS.—Y Ud. sí... Y por qué piensa en casarse?
- FILOMENA.—Papá casado será peor.
- MAGDALENA.—Bueno, pues, no tenga miedo. Su padre no se casará.
- FILOMENA.—¿No? Y Ud.?
- MAGDALENA.—Yo, sí.
- FILOMENA.—No lo comprendo.
- JESÚS.—Yo sí.
- FILOMENA.—Ah! Ahora sí que lo comprendo... Pero entonces Uds...
- MAGDALENA.—Lo mismo que a Ud. a mí como a Ud. su padre, tratan mis tíos de obligarme a que me case con su padre... y yo no lo quiero... y Ud. perdone...
- FILOMENA.—No... al contrario, seremos aliadas entonces. Ay! se me quita un gran peso de encima. Si yo creí que todos me irían a hacer la guerra. Ud. por ser madrastra y el señor por que decía mi padre que... es enemigo de las mujeres.
- JESÚS.—Menos de la Magdalena. Bueno, pero mucho silencio en todo esto. No se lo cuente ni a su almohada. Mire que si el Coronel y su papá lo saben, me matan.
- FILOMENA.—Ni una palabra. ¡Firmada la alianza! Empiezo ahora

mismo. Puede Ud. pasar al escritorio. Yo me voy a ver si diviso el caballo de mi novio.

JESÚS.—Tiene un novio caballuno.

FILOMENA.—Ah! Este es otro compromiso. Por que si llega a venir mi papá cuando esté él aquí... Por eso lo he echado al huerto a pasear. Gracias, es Ud. un ángel. Y ahora supongo que no necesitarán Uds. chuparse el dedo. (*Mutis*).

JESÚS.—Oh! qué deliciosa es esta soledad del campo. Invita al amor... Sí... Y por qué no aprovechamos esta soledad para adornar mi pasión con la luz de la luna? Ellos están lejos. Vamos a darnos una vuelta por el huerto.

MAGDALENA.—Pero si allá están ellos, Jesús.

JESÚS.—Si ellos están en el huerto de los nogales... Nosotros, Magdalena, vamos a otro huerto: al huerto de los olivos.

MAGDALENA.—Pero Jesús... al huerto de los olivos.

JESÚS.—Claro! Para la pasión de Jesús el huerto de los olivos está indicado.

MAGDALENA.—Es verdad. Vamos. (*Jesús apaga la luz y cierra*).

JESÚS.—Cerraré con llave para que no me revuelvan los caballunos con los ovejunos. Vamos al huerto de los olivos. (*Mutis los dos por foro*).

ESCENA VI

Filomena y Cata

(*Aparecen en el hall por foro*).

FILOMENA.—Trae esa carta.

CATA.—La acaba de traer un chiquillo misiá Filo.

FILOMENA.—Bueno, ándate no más.

CATA.—(*Nerviosa*). Se va a quedar aquí la señorita?

FILOMENA.—Sí (*abre el sobre*). Por qué?

CATA.—Es que el chiquillo que trajo la carta, está en el puerta del corral en espera de la contesta.

FILOMENA.—Iré en seguida, ándate no más.

CATA.—Tá bien, misiá Filo... ¿Qué hora tiene, misiá Filo?

FILOMENA.—Falta un cuarto para las siete.

CATA.—Gracias, no se le olvide el chiquillo.

FILOMENA.—No! ándate (*Mutis Cata*)
—*Leyendo*— «Esta tarde a las 7 iré a verte. Ya sabes mi linda la señal: Si a las 7 en punto está apagada la luz del escritorio, yo entraré. Espero en el gallinero y entraré por la ventana del escritorio. ¿Hasta cuándo estará en Santiago tu papá? Mil besos de tu esclavo. —*Pedro González*». Uy a las 7... y falta un cuarto. Tendré que decirles a Magdalena y a Jesús... ¡Uy! pero está la luz apagada... Se habrán ido? Magdalena! Jesús! Jesús! Ay, Jesús, no están... y la luz está apagada y van a ser las siete (*trata de abrir la puerta*). Y han echado llave a la puerta. ¡Dios mío! Claro! Se la han llevado para volver... y volverán! Y lo encontrarán ahí... o llega mi padre... y lo siente... Qué desesperación! Si esto cediera! No!... pero si cede después no podrá cerrarse. ¡Ay! pero qué hago? Voy a ver si los encuentro. Magdalena, Magdalena! Jesús, Jesús! (*Mutis foro*).

ESCENA VII

Cata, y luego lechero

(*En esta escena los artistas deben ser moderados y no entregarse al aplauso fácil*).

CATA.—(*Llega, por donde se fue, con sigilo*). Ya es hora. Pobre José. Capaz que se lo coman las gallinas. (*Saca un manojo de llaves, abre la*

la puerta divisoria y entra al escritorio. Luego la ventana y silba como los lecheros; un silbido igual contesta). Ei tá... Súbele. Súbele.

LECHERO.—(Entra trayendo un gallo muerto). ¡Como se piden, se piden! ¡Tai sola?

CATA.—Sola! Qué susto he pasado.

LECHERO.—No se te dé ná. Aquí tenís un regalo pa que se te quite.

CATA.—Y esto qué es?

LECHERO.—Un buey será pu. No ví ques el gallo e la pasión. Cuando entré al gallinero me comenzó a levantar el gallo cacareando y antes que fueran a oír, lo agarré y le apreté el guargüero. A ver si grita otra vez.

CATA.—Te costó mucho entrar hasta aquí?

LECHERO.—Ná; no vis que yo llevo la leche del fundo de al lado y conozo esto como la parma e la mano... Güeno... Lo principal es que no pierda el viaje pus, negra. Dame el besito!

CATA.—No... Los viejos jueron pa los nogales, pero misía Filo está aquí mesmo.

LECHERO.—No había de llamarse Filo pa que nos cortara el cuarenta. ¡Por la máquina! ¡Dame un abrazo, perrita choca!

CATA.—Ay! Pero no seai así!

LECHERO.—Me querís, negra?

CATA.—Y era e que nó. Si no te quisiera no estaría arriejando el pellejo aquí. Vos soy el que tenís que quererme.

LECHERO.—Mira, óyeme a mí, mi perrita choca. Si me peís que te traiga la luna, te la traigo. ¡Cómo no te voy a querer a vos!... con esa cara e melón di olor que tenís (la abraza). Si tenís una boquita que parece mesmamente un embúo... Y los ojos!... Ay mamita! Si son pa martirizarlo a uno no más.

CATA.—E veras?

LECHERO.—La pura!

CATA.—Hostigoso!

LECHERO.—Preciosa! (Sienten voz).

CATA.—Los patrones! Arráncate!

LECHERO.—Los llegó el zizá! Oye, te espero luego, querís?

CATA.—Bueno, pero arráncate! Los patrones.

LECHERO.—Lo que sufre el proletario! (Sale y vuelve y asoma la cabeza). El gallo!... Que me le quea el gallo!

CATA.—Toma! (Se lo tira). (Cata sale corriendo, cierra y se sienta disimulando).

ESCENA VIII

Samuel, Cata, Magdalena y Jesús.

SAMUEL.—(Entrando). Tá el patrón?

CATA.—¿Cuál?

SAMUEL.—El patrón pu, on Ildefonso. Ese es lúnico patrón, los demás son una pila de pegotes no más pu.

CATA.—Mé quinsolente!

SAMUEL.—Pa qué se enoja cuando no es pa Ud. mijita... Ud. nues ni una intrusa. Y si lo juera, no le faltaría un niño peine pa hacerla de la casa...

CATA.—No necesito ni un muriento!

SAMUEL.—Mé, onde llegó la reina! ¿Y quién se va a casar con vos tamién pu... nariz de chancleta vieja! Güeno. Tá el patrón?

CATA.—Al tiro llega. Qués lo quíay?

SAMUEL.—Un ratero que se ha entrao de fijo al gallinero...

CATA.—¿Qué?

SAMUEL.—Ha desapareció el gallo e la pasión.

CATA.—(Aparte, ¡Le llegó a José!) No puee ser!

SAMUEL.—Te lo habris comío vos tal vez, y le tengo que icir al patrón.

CATA.—Qué falta le va hacer?

SAMUEL.—Es que espueís carga conmi-go pu.

CATA.—No le igáis ná... querís que conversemos?

SAMUEL.—Vos lo mataste?

CATA.—No, pero deveras que te gusto!
SAMUEL.—Pa qué quero chinas murientas yo! Aquí viene el patrón.

ESCENA I X

Dichos y don Ildefonso

ILDEFONSO.—Qué hay Samuel?
SAMUEL.—Ná patrón. El gallo fino que se lo han robao.
ILDEFONSO.—El fino? Y quién diablo se me cuela pal gallinero! No tei dicho que vigilis bien?
SAMUEL.—Ès que pa mí que andan duendes.
ILDEFONSO.—Hay que matar a los duendes. Ya me están sacando pica ya. Toos los sábados dicen que se mete gente a esta casa, y al gallinero. Pa mí que se están robando algo más, porque lo único que se pierde es una gallina. Y pa una gallina no entra nadie a robar.
CATA.—¿Hace varios sábados patrón? Vís vos que me estabai echando la culpa a mí!
ILDEFONSO.—Qué? Tai leso vos? Debís de tener más cuidao! Ahora mesmo dile al carabinero que cuida el gallinero, que al primero que vea que le estape la cabeza de un tiro ¿Oís?
SAMUEL.—Ta bien, patrón. Esta es última vez que entran o me la estapo yo. Ejeme no más. (*A Cata*). Y a vó te va a llegar tamién. (*Mutis*).
ILDEFONSO.—Qué te va llegate, te va a llegate? Roto tirillúo. Ni hablar «aprienden siquiera!» Y Ud., Catita, no le haga caso estos guasos que son muy alzaos. La ven tan mansita a Ud. que son capaces hasta de hacerle así (*le acaricia la cara*) no es cierto?
CATA.—On Ildefonso!...
ILDEFONSO.—Sí, pus... De moo que... no les haga caso... Lo que le pase me lo ice a mí no más... Ud. sabe que el patrón la apreca como caballo.

CATA.—Gracias su mercé.
ILDEFONSO.—Y no les aguante planes. Cuando la queran abrazar así (*lo hace*) avíseme a mí no más. No se ha hecho la miel pa la boca e los burros.
CATA.—(*Asustada*) On Ildefonso...
ILDEFONSO.—De moo que... avíseme a mí no más, yo no quero que se enoje Ud. ya que mi campo le ha sentao tan bien y está tan gordita. (*La abraza*).
CATA.—On Ildefonso!...
ILDEFONSO.—De moo que... avíseme a mí no más, (*Por la cintura*).
CATA.—On Ildefonso... (*Aparece Samuel y ríe al ver a Ildefonso*).
SAMUEL.—On Ildefonso (*Lo sorprende*). (¡Otro gallo!).
ILDEFONSO.—Qué queris?
SAMUEL.—Otro gallo que se perdió, pa que vaya su mercé.
ILDEFONSO.—Vos soy el culpable. Un ave más que se pierda y vos me la vay a pagar.
SAMUEL.—Lo que falta es que yo vaya a pagar el pato!
ILDEFONSO.—Tamién se robaron un pato? Y Ud. Cata, cuidao con chinchosearse con los sirvientes no? Avíseme no más... Bien. Bien, macanúa la chinoca! (*Mutis foro, con Samuel. Cata I.ª izquierda*).

ESCENA X

Magdalena y Jesús

JESÚS.—Ya es hora que volvamos al escritorio.
MAGDALENA.—Está muy fría la tarde.
JESÚS.—(*Abriendo*) (*Entran y cierran con llave*). Encenderemos la luz para que no sospechen si nos llegan a ver.
MAGDALENA.—Vas a seguir con el inventario?
JESÚS.—Qué ocurrencia estando tú a mi lado, todos los momentos me parecen pocos.

MAGDALENA.—Ay! cuándo podremos casarnos!

JESÚS.—Muy pronto, mi linda, muy pronto. Pero hablemos en voz baja. Pueden llegar a oírnos.

ESCENA XI

Dichos, Josefa, Coronel, luego Ildfonso.

(Por el foro).

JOSEFA.—No te extraña a ti que Magdalena, Filomena y Jesús no se vean por ninguna parte?

CORONEL.—Ya me estaba extrañando a mí.

ILDEFONSO.—Perdónenme primos, pero he descubierto un robo de aves y tuve que ir a ver lo que había...

JOSEFA.—Quién está en el escritorio?

ILDEFONSO.—Deben ser don Jesús con la Filo. Seguro que todavía no terminan el inventario.

JOSEFA.—Estará ahí Magdalena?

ILDEFONSO.—No lo creo...

CORONEL.—Y tú dejas solo a Jesús con la Filo?

ILDEFONSO.—Claro! Hay que dejarlos señor, a los enamorados hay que dejarlos.

JOSEFA.—Pero Ildfonso (*escucha por la cerradura*). No se ve nada. (*Mira por id.*). Qué bárbaro! Lo que se ve.

ILDEFONSO.—Qué pasa?

JOSEFA.—Que se están besando.

ILDEFONSO.—Ah! Bien, entonces. Va bien... déjenlos no más; luego se casarán. Esos dos que están adentro se han de casar, já, já! Déjenlos!

JOSEFA.—A mí me parece demasiado.

CORONEL.—Lo que te iba a decir. Demasiado (*ruido de besos*). Si parecen cohetes.

JOSEFA.—(*Nerviosa*). Yo los llamo! Filomena, Filomenita.

ILDEFONSO.—Ejelos señora! ejelos... já! já! Me gusta que caiga el enemigo de las mujeres.

JOSEFA.—(*Golpeando*). Filomena! Filomena!

JESÚS.—(*Apagando la luz*) Ya está! (*Un momento de expectación en las piezas, un reloj da las 7 campanadas*).

JOSEFA.—Han apagado la luz.

ILDEFONSO.—Cómo? Filomena! Prenda la luz! A oscuras si que no aguanto pues. Prenda la luz Filo! Y no contesta!...

CORONEL.—Ya lo decía yo. ¡Filomena!

TODOS.—¡Filomena!

ILDEFONSO.—Así si que no aguanto! A oscuras si que no...

ESCENA XI

Dichos, Filomena, luego González

FILOMENA.—(*Sale por derecha*). ¿Qué hay?

ILDEFONSO.—(*Asombrado*). Eh? De moo que... tú no estabas adentro.

FILOMENA.—No; estaba en el patio. Los que estaban ahí dentro denantes eran don Jesús y Magdalena.

ILDEFONSO.—(*Asombrado*) Magdalena! Don Jesús.

JOSEFA.—Oh! pero cómo es posible!

FILOMENA.—Ay, qué horas son?

CORONEL.—Las siete!

FILOMENA.—Qué horror! La hora justa. Yo entraré.

JOSEFA.—Está con llave.

FILOMENA.—Sería terr... si lo pillaran a González!... No, entremos, no por Dios. Si estaba sola.

ILDEFONSO.—Ay! Cómo me duele la cabeza! La llave! La llave! Corra a buscarla Josefa!

JOSEFA.—Voy corriendo! (*Mutis foro del hall*). *Desesperación. A todo esto Magdalena procura esconderse, Jesús oprime la puerta.*

JESÚS.—Por la ventana!

MAGDALENA.—Y el perro?

JESÚS.—Peores son tus tíos! ¡Al huer-
to! (*Va a escaparse y se abre la
ventana y entra un hombre muy ta-
pado con linterna. Magdalena es-
pantada*).

MAGDALENA.—Socorro! socorro!

ILDEFONSO.—¡Ya está pidiendo soco-
rro!

CORONEL.—Si yo estuviera un escua-
drón!

ILDEFONSO.—Cómo se estarán besando!

GONZÁLEZ.—(*Que es el de la linterna*).

Estoy perdido! Jesús! Magdalena!

MAGDALENA.—Qué? . . . Ud.?

JESÚS.—Tú aquí?

GONZÁLEZ.—Yo; que soy el novio de
la Filomena, ya lo sabrán! El gal-
linero está cercado.

MAGDALENA.—Yo tengo que huir por
aquí! . . .

GONZÁLEZ.—Ud. es de la casa, no im-
porta . . . pero yo . . . Diré que te
he venido a ver, Jesús.

JESÚS.—Rápido! . . . Ayudemos a Mag-
dalena (*la ayudan a salir por la
ventana*).

JOSEFA.—(*Entrando al hall*). Aquí es-
tán las llaves. ¿Han seguido los bes-
os?

JESÚS.—Caracoles! Me pinché de veras
(*se chupa*).

ILDEFONSO.—Siguen besándose . . . No
entra . . . No es ésta . . . Es muy
grande . . . Es chica . . . Presta . . .
¡Este es un clavo! . . . A ver . . .

JOSEFA.—Es esta otra . . . Basta! (*se
abre la puerta*).

FILOMENA.—Me lo matan! (*al verlos
solos se asustan*).

ILDEFONSO.—Pero eran Uds. dos solos?

JESÚS.—Solos!

ILDEFONSO.—Y se estaban besando?
Jesús y González se miran).

JOSEFA.—Qué sinvergüenzas!

CORONEL.—¡Te lo iba a decir!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*La escena representa un pedazo de par-
que en cuya izquierda se inicia un ga-
llinero, a la derecha la ventana del es-
critorio del segundo acto. A la iz-
quierda una casuchita de un perro. La
escena está obscura.*

ESCENA I

Magdalena y Lechero

MAGDALENA.—Dios mío! Santo Dios!
Esto es terrible. Oh, las cosas que
hace una por los hombres! Esto no
tiene solución! Qué le habrá pasa-
do a Jesús! Oh! Jesús mío! Sál-
valo: es tu tocayo. Hace diez mi-
nuto que salí y no viene a buscar-
me. Nos habrán descubierto? Uy!
y esta soledad! Tengo un miedo!
Ay! Y si viniera el ladrón que se
roba las gallinas . . . Yo me muero.

LECHERO.—Más de las siete y esta ne-
gra no llega! Habrá tenido boche?
Por la flauta! Cómo me lleguen a
pillar . . . me cortan el cogote. Las
cosas que hace uno por las muje-
res. Total . . . pa que al mes de ca-
sado le bajen a uno las ganas de se-
pararse . . . ¿Una mujer? Debe ser
la Cata! (*Se divisan mutuamente*).

MAGDALENA.—Un hombre! Socorro!
(*El va a abrazarla*).

LECHERO.—Púchas no es ná la negra.

MAGDALENA.—Caballero! No me mate
Ud! . . .

LECHERO.—Yo . . . ? Ni pienso . . . Per-
doncito!

MAGDALENA.—Caballero . . . pero no
es Ud. el ladrón de gallinas?

LECHERO.—No; pero no grite, por
Dios, misía Magdalena.

MAGDALENA.—Pero . . . quién es Ud..
quién . . .

LECHERO.—Yo soy yo. José, el lechero.

MAGDALENA.—Ah! qué susto.

LECHERO.—Perdóneme. Pero como la
Cata me ijo que la esperara aquí.
No me acuse.

MAGDALENA.—Qué te voy a acusar yo!
Yo te explicaré pero ayúdame a salir de aquí.

LECHERO.—Chist! Y quién me ayuda a salir a mí? . . .

MAGDALENA.—Deben venir luego por mí, y si se convencen que soy yo la que estaba besando a Jesús, me matan . . .

LECHERO.—Pero . . . No es obligación besar a Jesús?

MAGDALENA.—Por caridad escóndame Ud. (*voces en el interior*). Oh! Rápido! Por favor!

LECHERO.—Y dónde? De no ser en la casita del perro . . .

MAGDALENA.—Oh! Pero si me muerde . . .

LECHERO.—Si no debe estar ahí . . . Métase no más.

MAGDALENA.—Y Ud.?

LECHERO.—Yo tamién.

MAGDALENA.—Sí . . . pero . . .

LECHERO.—No la muerdo misía Madalena. No hay más remedio.

MAGDALENA.—Es verdad. (*Al meterse, el perro ladra*). Dios mío! que me come!

LECHERO.—Ejeme quitale el apetito (*mata al perro*). Le llegó! Le llegó! Te juiste Juan de Dios! (*Lo saca y bota al foro*). Yastá, méta-se ligerito . . . que la pillan . . .
(*Se esconden en la casita del perro*).

ESCENA II

Ildefonso y Samuel

ILDEFONSO.—Yo me quedaré aquí . . . a ver si sale el gallo . . . Es gallo, porque pá mí, en este gallinero hay varios gallos . . . Tú te vas a poner a las órdenes del Coronel que ha tomado el mando e la plaza; ha ha plantao su cuartel general en el escritorio . . .

SAMUEL.—Ta bien, patrón.

ILDEFONSO.—Y que no salga naide del fundo en toa la noche y al que se quiera escapar, bala con él . . .

SAMUEL.—Ta bien, patrón.

ILDEFONSO.—Ahora, tráema pacá a los dos deteníos . . . Le voy a tomar declaración aquí mesmo sin que sepan las señoras y las voy a cacarear.

SAMUEL.—Ta bien patrón, voy a traerlos.

ILDEFONSO.—Ah! Oye, me los traís a los dos juntos, incomunicaos.

SAMUEL.—Ta bien patrón. (*Mutis*).

ESCENA III

Dichos y Coronel y huaso asistente

CORONEL.—Tres pasos atrás . . . march.

ILDEFONSO.—Ha visto Coronel?

CORONEL.—Es la vida, amigo, es la vida . . . Lo que pasó pasó. Y a lo hecho . . . pecho . . . Por suerte para Ud. estoy yo en el fundo. Y yo no me asusto nunca . . . Me he batido en Chorrillos, mandando tres escuadrones del 1.º de línea.

ILDEFONSO.—Ya me tiene guatón con los escuadrones. Coronel, oiga. Yo no me pueo explicar lo de Jesusito y el González ese . . . Para mí que hay gato encerrao.

CORONEL.—Te lo iba a decir! Pero hombre: había gato encerrado en el 1.º de línea y yo le puse mano de fierro.

ILDEFONSO.—Qué piensa Ud?

CORONEL.—Yo . . . con franqueza . . . Como Coronel retirado con 666.66 creo que González no ha venido por Jesús.

ILDEFONSO.—Por Madalena entonces?

CORONEL.—No; esa chiquilla ha salido a su tía, a mi mujer, que es una santa. No! eso nunca! Mi mujer no me engaña a mí, ni me ha engañado nunca. No mira más que por mis ojos. Y Magdalena ha salido a ella.

ILDEFONSO.—De moo que . . . si no ha venido por la Madalena . . . habrá venío por la prima Josefa.

CORONEL.—Te lo iba a decir! Nó! Jamás. Pondría las manos al fuego por la Josefa!

ILDEFONSO.—De quea otra mujer más que... mi hija... De moo que... es por ella.

CORONEL.—Te lo iba a decir! averígualo tú y cuenta conmigo.

ILDEFONSO.—No será que ha venío a robar gallinas?

CORONEL.—Gallinas? Lo que ese pollo quiere es una polla y para mí que es tu hija.

ILDEFONSO.—Bien, Bien. Como le saque la verdá va a salir de aquí charquiado como pa valdiviano. Gracias, Coronel. Me ha abierto los ojos. Oiga, pero aonde se habrán metío Madalena y la Filo?

CORONEL.—Si está con mi sobrina, no tenga cuidado. Esa chiquilla siempre está en buen sitio. Y ahora me voy a dar órdenes a mi escuadrón. A ver... asistente... Sígame... un, dos... (*Mutis Coronel y huaso*).

ESCENA I V

Dicho, Jesús, González y Samuel

ILDEFONSO.—Adelante. No les ofrezco asiento porque no se ha arreglaó la oficina.

GONZÁLEZ.—Estamos bien de pie. Gracias.

JESÚS.—Yo creo don Ildefonso que está Ud. en un error lamentable.

ILDEFONSO.—Eso es lo que vamos a aclarar (*mira a González*). De moo que... Ud. era don González no? Bien. Bien. Bien. Tiene que explicarme clarito cómo entró al escritorio y a qué vino. Porque o es Ud. un ladrón de gallinas...

GONZÁLEZ.—No, señor, no estoy a dieta.

ILDEFONSO.—Entonces...

JESÚS.—Don Ildefonso: Ud. es todo un hombre, no es cierto?

ILDEFONSO.—Sí; y muy hombrecito, de moo que...

JESÚS.—Entonces vamos a confiarle a Ud. un secreto... pero que no nos oiga nadie.

ILDEFONSO.—(*Al huaso*). Mándate cambiar vó! ($\frac{1}{2}$ *mutis huaso*), apúrate pu baboso! (*mutis*). Güeno... Hable. Pero como me venga a engañar, lo seco a pencazos. Venía Ud. por la Filomena?

GONZÁLEZ.—No, señor; se lo juro a Ud... Yo, don Ildefonso, venía por otra persona...

ILDEFONSO.—Por la Cata?

GONZÁLEZ.—Nó, señor; por doña Josefa.

ILDEFONSO.—(*Casi cae de espalda*). Por... por... por la Josefa! pero eso es mentira...

GONZÁLEZ.—Es la pura verdad.

ILDEFONSO.—Pero eso es una brutalidá.

GONZÁLEZ.—Un crimen. Sé que es un crimen enamorarse de una señora casada!

ILDEFONSO.—Y tan fea... señor. No lo creo.

GONZÁLEZ.—El amor, don Ildefonso, es caprichoso... La ví una noche en el cine... y me pareció algo de película... ¡Oh! qué ojos más dulces... brillaban en la obscuridad como los ojos del gato... y me enamoraron.

ILDEFONSO.—Oiga, si me está tomando el pelo... Conque... Los ojos del gato!... Los ojos del cisne!

GONZÁLEZ.—Qué le extraña a Ud. Acaso Magdalena que es una mujer bonita como una paloma, no se ha enamorado de Ud. y está loca por Ud. que es un energúmeno?

ILDEFONSO.—Qué me dijo? Gungúmeno?

GONZÁLEZ.—Energúmeno! Quiere decir más que caballero.

ILDEFONSO.—Ah! Ta bien. Igame siempre así, entonces (*Le da una libreta y González le apunta la palabra*). De moo que... Ud. cree que... la Madalena me quiere a mí?

JESÚS.—Si lo sabré yo!

ILDEFONSO.—Oh! qué gustazo! Bien. Bien. Bien. Pero si me engaña y la pillara yo con otro encerrá... la mataba!

GONZÁLEZ.—No lo hará. Pero vea Ud. que yo no soy culpable. Es el amor...

ILDEFONSO.—Y le ha hablado al Coronel de esto Ud.

GONZÁLEZ.—Don Ildefonso... Cómo voy a hablarle a su esposo.

ILDEFONSO.—Ah! Deveritas. Esto tiene que terminar. ¿Y ella le corresponde?

GONZÁLEZ.—Qué iba a hacer la pobre?

ILDEFONSO.—De too moos; esto no puee ser.

GONZÁLEZ.—No le diga nada al Coronel por Dios, hágalo por él, por Magdalena, por Ud., por su hija, por Jesús, por la Virgen, por todos los santos.

ILDEFONSO.—Qué diablo! El hombre es hombre y la mujer es mujer! Pero por too eso que ice Ud... le pío que acabe esto de una vez. Venza su amor por mi prima.

GONZÁLEZ.—Por Ud. lo haré... Que venga ella y too se acabará.

ILDEFONSO.—Voy por ella ¡Ay! al fin y al cabo me quitó un peso de encima... Porque la Josefa había convenció al Coronel que Ud. venía por la Filo... Y el coronel me había convenció a mí... Y yo había convenció a mi sirviente, así que estábamos toos convencíos. Má vale así que no haya venío por la Filo... porque si hubiera venío por la Filo... más vale que no haya venío por Filo. (*Saca la libreta*). Energúmeno! Desde ahora a too el que no me iga así, lo seco a pencazos!... (*Mutis*).

GONZÁLEZ.—Ya lo sabes! Corre al escritorio y dile a Filomena que cumpla bien su papel.

JESÚS.—Eres para los planes un Gallo! (*Mutis*).

GONZÁLEZ.—¡Animo González, el toro está en la cancha! (*mutis*).

ESCENA V

Josefa, Ildefonso y González

ILDEFONSO.—Quería Josefa... lo sé too.

JOSEFA.—Descubriste la verdad de González?

ILDEFONSO.—Si prima; toa la escandalosa vendá.

JOSEFA.—Mira, yo no creo que sea tan escandalosa.

ILDEFONSO.—Claro! Qué vas a decir tú!... pero esto es escandaloso, es brutal. Parere mentira!

JOSEFA.—Después de todo no ha pasado de unos besos.

ILDEFONSO.—De moo que... de unos besos... y lo dices así tan tranquila... sin arrugarte?

JOSEFA.—Claro! No veo dónde está lo malo... bueno... malo es... pero lo grave no lo veo.

ILDEFONSO.—Es que a vos te han tapao los faroles, mujer? Pero te parece bien hacer esto en mi propia casa? Y a esta edá?

JOSEFA.—Estas cosas más vale hacerlas cuando joven...

ILDEFONSO.—Y se cree joven. (¡Bienhaiga con la vieja anañá!) De toos moos, prima Josefa, esto tiene que terminar. Yo no pueo aguantar que en mi casa se cometan estos actos, yo no te digo náa a tí por lo que hacís. El Coronel sabrá lo que le cumpla hacer! Pa eso tiene que sable que pelió en Chorrillos! Pero la Madalena no debe saber ná de estas custiones. Por ella debía de haber disimulado el asunto.

JOSEFA.—Qué? Pero qué asunto tengo yo que...

ILDEFONSO.—No te vengai haciendo la lesa vos tamién... Al fin y al fallo el bruto es el que se enamoró c vó.

JOSEFA.—Ildefonso, me ofendes!

ILDEFONSO.—Ahora te bajan los «crúpulos»?

- JOSEFA.—Te prohibo que hables así.
- ILDEFONSO.—De moo que... era on González nó? Bien. Bien. Bien. De moo que too el odio que le tenías era pa isimular no? Bien...
- JOSEFA.—Ildefonso, eso es una canallada, una calumnia...
- ILDEFONSO.—Si al fin y al fallo, tamién tenías razón. El Coronel está jubilao ya... González está jovencito... El mundo es así.
- JOSEFA.—Yo te juro que entre González y yo...
- ILDEFONSO.—(*Aparece González*). Mira, aquí lo tenis... Te deju con él... Cuidao!... Lo deju con ella!... Pollito diablo!... Con que los ojos del cisne no?... ($\frac{1}{2}$ *mutis*. *González se acerca a Josefa*). ¡Esperen que me vaya siquiera! (*mutis*).
- GONZÁLEZ.—Oh! qué cruel es Ud. con mi pasión, Josefa.
- JOSEFA.—Josefa? Señora dirá Ud.
- GONZÁLEZ.—Está bien, señora mía: Perdóneme, pero estoy locamente enamorado de Ud.
- JOSEFA.—¿De mí?
- GONZÁLEZ.—Sí, señora; desde que la vi la amé... No en balde tiene Ud. una mirada arrobadora. Comprendo que he puesto mis ojos muy arriba... pero el amor no mide las alturas y me encendió esta pasión frenética por Ud...
- JOSEFA.—Pero esto no es posible.
- GONZÁLEZ.—Cuando la vi por primera vez, un escalofrío me estremeció, era Ud. mi sueño, la mujer de mis ilusiones, así... en la edad en que la fruta está ya madura como Ud...
- JOSEFA.—Ay! Pero no seas loco González.
- GONZÁLEZ.—(Ya me tutea). ¿Qué no sea así? Pero cómo no serlo si este fuego me consume, que está consumiendo mi agonía. Tengo yo la culpa de que sea Ud. la Venus de Milo rellena? Tengo la culpa yo de que tenga Ud. una nariz griega, un perfil árabe, una boca italiana, unos ojos turcos y un cuerpo... checo eslovaco? Tengo yo la culpa de que en Ud. se hayan juntado todas las naciones del mundo?
- JOSEFA.—Exagera Ud. Pedro.
- GONZÁLEZ.—(Ya está llamándome Pedro. ¡A mí... don Juan Tenorio). Ah! señora mía!
- JOSEFA.—Nó, Josefa, nada más.
- GONZÁLEZ.—Ah! Pepa mía... Pepa de mi alma, yo no le pido a Ud. que me quiera, no; no. Yo le pido que apenas me lleve de apunte un poquitito. Yo comprendo que un Coronel es un obstáculo por lo general. Pepa del alma mía. Yo comprendo que si él llega a enterarse, me saca la... pepa del alma. Pero ahora se explicará Ud. por qué entré a su pensión y aguanté la mala comida.
- JOSEFA.—En adelante, gallina todos los días.
- GONZÁLEZ.—Me guardará la pechuga que me gusta mucho?
- JOSEFA.—Sí, la presa que gustes.
- GONZÁLEZ.—Al fin comprendes, Pepa, lo que he hecho por ti... Fingía amar a Magdalena para acercarme a ti y ahora traspaso los límites del derecho ajeno, violo la propiedad, escalo los muros y expongo mi vida por ti, sólo por ti. Ah! pero si no me amas, si en tu corazón no hay compasión para mí... mira! (*saca revólver*).
- JOSEFA.—No, no te mates.
- GONZÁLEZ.—(*Lo guarda*). Bueno, no me mato. Ah! dicha suprema! ¿Me amarás?
- JOSEFA.—Ya te amo!
- GONZÁLEZ.—(*Creo que se acerca la hora*). ¿Es posible? Dame una prueba de amor...
- JOSEFA.—Una prueba...
- GONZÁLEZ.—Sí...
- JOSEFA.—Y si nos ven, qué dirán?
- GONZÁLEZ.—(Que tengo muy buen estómago). Uno solo...
- JOSEFA.—En la boca no.

GONZÁLEZ.—(No se me había ocurrido! Qué bigotes mi madre! El Kaiser es barbilampiño al lado de esta señora).

JOSEFA.—Pero si tú insistes...

GONZÁLEZ.—(No hay más remedio).
(*Se dan el beso y González hace asco*) Josefa!

JOSEFA.—Qué?

GONZÁLEZ.—Mañana te haré un regalo.

JOSEFA.—Cuál?

GONZÁLEZ.—Una máquina de afeitar!

JOSEFA.—González! (*enojada*).

GONZÁLEZ.—Para que me afeites tú a mí, lindura (Ah! Ellos) Pepita, hagámonos a ese extremo, detrás del árbol.

JOSEFA.—No. (*Pero va*).

GONZÁLEZ.—Sí, Pepa, Pepa mía. ¡Qué felicidad! Yo en el gallinero y con Pepa! (*A un lado*).

ESCENA VI

Dichos, Coronel y Filomena

CORONEL.—No sé por qué me gusta este oscuro rincón... si por lo rincón... o por lo oscuro.

FILOMENA.—Es muy poético, Coronel.

CORONEL.—Si le asusta la obscuridad daré la luz eléctrica.

FILOMENA.—No... mejor no! (Donde estará la otra pareja). ¡Así tiene un mayor misterio!

CORONEL.—¡Se lo iba a decir! Pero quién se iba a imaginar, Filomena, que Ud. iba a fijar sus ojos en mí... un pobre Coronel con 666.66.

FILOMENA.—El amor es así... Pero Ud. ha descuidado por mí el descubrir a los ladrones de gallinas?

CORONEL.—No, mis escuadrones están alerta. Ah! sí, si Ud. conociera algunas de mis proezas, mis anales; mi hoja de servicios está rica en encuentros heroicos, Filomena. Se me viene a la memoria uno que tuve con 30 enemigos yo solo... Y la Divina Providencia ha querido coronar mi hoja con este nuevo en-

cuentro con Ud., el más heroico de mi hoja.

FILOMENA.—Falta otro. El encuentro que nos haga su señora.

CORONEL.—Se lo iba a decir! No, pero si la Coronela es una infeliz...

JOSEFA.—(*A González*). Parece la voz del Coronel.

GONZÁLEZ.—No, no tema, como le iba diciendo...

CORONEL.—Mi señora es una pobre desgraciada, vieja e inútil. Ud., es un botón de rosa. Y yo tengo derecho aún al amor. A mi primavera de amor. Para muestra basta un botón.

FILOMEN.—Y tiene Ud. muchos botones?

CORONEL.—No, con Ud. basta. Cuando Jesús me dijo «Amarás a Filomena como ella te amará», casi dudé de Jesús. Pero cuando recibí su es-
quela, salté de gusto. Me dará Ud. un beso?

FILOMENA.—No, Coronel.

CORONEL.—Cómo quiere que se lo pida?

FILOMENA.—Oh, de ninguna manera!...

CORONEL.—Sí, Filo, démelo Ud., que para mí la mayor gloria será haber recibido un beso de Filo...

FILOMENA.—Ay! pero qué cosas pide.

CORONEL.—Démele de frente entonces... Se lo pido de rodillas.

FILOMENA.—Oh! Sería Ud. capaz de eso por mí... todo un Coronel con 666.66...

CORONEL.—Filo, por Ud. haría eso y mucho más, un beso... y me hará Ud. más feliz que el sultán de Marruecos.

FILOMENA.—Sí... un beso... Me lo pide Ud... así... tan... de rodillas (Y la luz).

JESÚS.—(Esto está en su punto) (*Jesús pasando por atrás enciende luz eléctrica; escandalizados, vienen también Ildefonso y Cata*).

ESCENA VII

Dichos, Ildefonso, Cata y Samuel

CORONEL.—Me pescaron prisionero.

JOSEFA.—Oh! qué vergüenza!

CORONEL.—Qué significa esto?

JESÚS.—Que Jesús dijo «Hágase la luz»! y la luz fué hecha... Já! já!

JOSEFA.—Esto es una infamia.

ILDEFONSO.—De moo que... esta era la payasá no?

CORONEL.—Yo estaba abrochándole los zapatos a Filo... Había venido yo en visita de inspección.

JESÚS.—Sí, se ve que de inspección...

JOSEFA.—Y yo vine aquí por una gallina... sentí ruido... y sufrí un desmayo, del que me ha salvado González.

CORONEL.—Ud. señora, no ha venido sino por un gallo, y ese gallo ya a cantar por última vez porque morirá aquí mismo.

ILDEFONSO.—No sea así, coronel; tan arrebatado que lo han de ver...

JOSEFA.—No sé con qué derecho hablas tú que has venido aquí por esa polla. ¡Sinvergüenza!

CORONEL.—Te lo iba a decir a ti! ¡Sinvergüenza, pediré divorcio!

ILDEFONSO.—Coronel, hágalo por Magdalena. Al fin y al fallo, la chiquilla es la única buena y santa. Y ella no sabe lo que es estar sola con un hombre... que irá a decir de esto.

JOSEFA.—(Aparte) Sálvame, González!

GONZÁLEZ.—(Me promete conseguir de Ildefonso la mano de Filomena?)

JOSEFA.—(Se lo prometo).

GONZÁLEZ.—Pues, señores, dígame la verdad. Me callé por ver los celos del Coronel, pero la verdad es que doña Josefa sufrió un desmayo, dió un grito, y corrí por ella. ¿No es verdad, don Ildefonso?

ILDEFONSO.—Bien... Es la pura verdad.

JOSEFA.—Ves coronel, ves? En cambio tú eres un hombre falso hasta no más. Me engañas como una china.

CORONEL.—(Aparte). (Invente algo, Filomena, por Dios!).

FILOMENA.—(Siempre que me jure que Magdalena se casará con quien ella quiera y no con mi papá).

CORONEL.—(Se lo juro; lo que quiera).

FILOMENA.—Basta de bromas. La suposición señora de que el Coronel ha podido estar aquí conmigo premeditadamente me ofende.

ILDEFONSO.—¿Permeditadamente? (Sa... ca la libreta) González: apúntemelo por favor!... Pre-me-di-ta-men-te! Sí, señora, la ofende premeditadamente. La venía de la Filo estaba preparada.

CORONEL.—Era lo que iba a decir.

JOSEFA.—Si es así, no digo nada Coronel (Pasa al lado y aparte). Creo que nos han tomado el pelo escandalosamente).

CORONEL.—Te lo iba a decir. Hemos hecho el ridículo.

JESÚS.—Esto prueba que hay que ser indulgente con los jóvenes.

CORONEL.—Y Magdalena dónde estará?

ILDEFONSO.—Debe estar pensando en mí.

CATA.—(Grita) Ay! El perro está muerto aquí!

TODOS.—Eh? muerto?

ILDEFONSO.—Un perro muerto? (a la casucha). Aquí no hay nada. (La levanta). Oh! pero qué veo! (Aparte recen Magdalena y el Lechero).

JOSEFA.—Magdalena!

ILDEFONSO.—Y con el lechero! Yo me ahogo!

LECHERO.—Púchas la calor!

ILDEFONSO.—Jesús, ayúdame. Tú qué eres un fiel amigo. (Lo abraza).

CATA.—Con mi novio!

MAGDALENA.—Basta de engaños señores. Yo estoy aquí porque era la que estaba allí (señala el escritorio).

CORONEL.—Dónde?

JOSEFA.—Y con quién?

MAGDALENA.—Con Jesús (*Ildefonso se desprende y lo repudia*).

JOSEFA.—¿Y no te arrepientes?

MAGDALENA.—Al contrario.

ILDEFONSO.—De moo que... esta era la payasá no?

MAGDALENA.—Huí del escritorio, caí aquí, me encontré con José que ama también... y nos escondimos, de la furia de los viejos aquí. Eso es todo...

LECHERO.—Pero en vista de que los patrones... Ah?... salimos de perrera.

JESÚS.—Eso es todo.

ILDEFONSO.—No es poco.

GONZÁLEZ.—Y con el ejemplo dado por Ud. no hay más que una solución.

JOSEFA.—Cuál?

GONZÁLEZ.—La Iglesia y el Civil.

CORONEL.—Qué opinas, Josefa?

JOSEFA.—Que se casen, coronel.

CORONEL.—Te lo iba a decir!

MAGDALENA.—Jesús... al fin (*se juntan*).

JOSEFA.—(*A Ildefonso*) González venía por Filomena.

ILDEFONSO.—Que se la lleve!

GONZÁLEZ.—Filo, ya era hora.

ILDEFONSO.—Yastá tú... Caa uno, uno con caa una... y a mí me ejaaron colgado! De moo que mañana se van toos pá Santiago.

LECHERO.—Patrona!... Y yo mañana le llevo la cuenta o le sigo ejando la leche?

JOSEFA.—La leche... Lleva la leche.

SAMUEL.—(*Entrando*). On Ildefonso! Ya escubrimos quién era el ladrón de gallinas... toas las tenía en su pieza!

ILDEFONSO.—Quién?

SAMUEL.—Mi coronel!

CORONEL.—Te lo iba a decir!

LECHERO.—¡Puchas la morali!!

TELON

FINAL DE LA OBRA.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADMISION Y CONTROL

24 SEP 1998

Ca. D. CCL

SECC. CHILENA

